

lor le parecía intolerable, y que deseaba otro sexo, otra elocuencia, otras fuerzas, no ser mujer, ser varón fuerte y robusto, para persuadir por todo el orbe solo el amor de Jesús. Estos mismos afectos había sentido en otro tiempo su Seráfica Madre y Maestra Santa Catalina de Sena; y siendo tan conocidos estos excesos de amor, reprendía Rosa su tibieza, porque no amaba bastante á su Dios.



CAPÍTULO XXI

La imagen de la Reina de los Angeles en la capilla del Santísimo Rosario, muy á menudo consuela, regala y enseña á Rosa.

Muy parecido es lo que vamos á referir á lo que hemos dicho arriba; pero antes de entrar en el hilo de la historia, para mayor claridad será forzoso decir algo de la imagen tan célebre en la ciudad de Lima, de la Virgen del Rosario, la que, desde que se difundió en el Perú la fe, se dió á conocer á todos con públicos beneficios; y muy en particular fué propicia á nuestra Rosa y fué muy amada de ella. Esta imagen, á la que tan gran devoción se tiene en todo el Perú representa á la Reina de los cielos con el Niño en los brazos. Se halla en actitud de dar el rosario á los hombres, como remedio poderosísimo contra todas las dolencias de alma y cuerpo. La llevaron al nuevo mundo desde España los primeros conquistadores por norte feliz, y para que les ayudara en el descubrimiento y conquista de las Indias de Occidente; y cuando fundaron la ciudad de Lima la edificaron el primer templo hubo en aquella ciudad, dándole el nombre de

Santísimo Rosario, haciendo allí un convento de Hermanos Predicadores que fuesen sus capellanes. Este nombre fué felicísimo principio para propagar la fe en aquellas extendidas y dilatadas provincias. Aquel templo fué la única y primera parroquia de aquel reino, debajo del patrocinio, advocación y tutela del Santísimo Rosario. Aquí fué donde primero se puso la fuente bautismal para los adultos catecúmenos, que bien dispuestos é instruidos, se reducían al gremio de la Iglesia, dejando las tinieblas de la infidelidad. Aquí se abrió primero la puerta para que entrasen en el redil de la Iglesia, y desde aquí comenzó á propagarse la semilla santa de la fe, que tan abundantes frutos de virtud y perfección evangélica ha producido después.

Por los años de 1535, junto á Cajaguán, en el Cuzco, se alistaron más de doscientos mil indios contra el ejército cristiano, que no subía de seiscientos soldados. Era tan excesivo el número de los indios, que no parece posible que pudieran ser vencidos, si el cielo con algún prodigio singular no daba la victoria á los campeones de la fe. Hallándose los católicos con algunos Religiosos Dominicos en su campo, implorando en su socorro á la Reina soberana del Santísimo Rosario, consiguieron que al tiempo de acometer se mostrase claramente en el aire para infundirlos valor, la Bienaventurada y siempre Virgen María, con el mismo rostro y en la misma actitud que tiene la imagen de Lima, muy conocida de todos. Esgrimía diestramente la Madre de Dios una vara contra los enemigos infieles, amenazándoles con rostro severo su destrucción y su ruina si luego no se rendían al ejército cristiano. Atónitos los idólatras con tan divino espectáculo, quisieron más pedir paz que experimentar los rigores de la guerra, y arrojando las armas ofensivas y defensivas con que peleaban, sujetaron las cervices con piadosa competencia, con gozo y conformidad, al suave yugo de la fe católica. Desde aquel tiempo creció la devoción de los pueblos hacia la santísima imagen, y con la fama

de tan ilustre milagro se extendió por todo el reino y regiones comarcanas la devoción saludable de la imagen milagrosa.

Deseando nuestro católico Rey asegurar y establecer con más firmeza los reinos del Perú contra los muchos peligros que le amenazaban, valiéndose para ello de la protección augusta de tan celestial Señora, mandó que la eligiesen por protectora y que pusiesen los ojos en su imagen, la más celebrada de todas y la que más favores había hecho á todo aquel reino. Mandó igualmente que se comprometieran por voto á tenerla por Patrona y defensora, donde todos acudiesen en sus aprietos y necesidades, como á público refugio, para pedirle remedio; y en las guerras como á Capitana y Emperatriz que asegurase aquel reino. Obedeciéndose el mandato, y el Virrey con el Arzobispo, juntándose los dos brazos, eclesiástico y seglar, fueron tomando los votos, y de común consentimiento eligieron por Patrona á la imagen milagrosa del Santísimo Rosario de la ciudad de Lima. Este es el origen de la procesión general que se hace el lunes después del domingo de Cuasimodo, para visitar la santa imagen en su capilla del convento de Santo Domingo; asistiendo el Virrey y el Arzobispo y todas las religiones con los ministros del Rey que viven en la ciudad. Cuando sale en procesión fuera de casa, que es por el mes de Octubre, el día octavo de la fiesta del Rosario, dispuesta la milicia y ordenada en dos hileras, se la hacen salvas reales en la plaza, disparando los mosquetes; y todas las banderas que se tremolan tienen grabados el nombre y la imagen de la Virgen del Rosario. En todo el año no cesa el concurso numeroso de los devotos que la visitan en su capilla; y crece más siempre que en los terremotos, la peste, el contagio, las enfermedades ó cualquier otra calamidad les avisa el cielo que allí está el asilo cierto donde han de buscar socorro, los de aquella república, en todas sus necesidades. Baste haber dado de paso noticia breve de la santísima imagen del Rosario

de Lima; volvamos ahora á tomar el hilo para continuar la historia de nuestra virgen.

Desde sus primeros años tuvo Rosa por imán divino á esta santísima imagen. No mueve tan eficazmente aquella piedra el hierro y la llama para sí, como esta santa imagen robaba el corazón de nuestra virgen, trayéndola á su capilla. Algo dijimos arriba; ahora ya es tiempo de referir otros muchos prodigios obrados por este medio. Cuando tomó Rosa el hábito de la Orden delante de la sagrada imagen de la Virgen del Rosario y en su capilla, estuvo presente su madre, celebrando con muchas lágrimas el nuevo estado de su hija. Vió ésta que favoreciéndola con caricias la misma Madre de Dios, se iba elevando Rosa hacia el cielo, con cuya dichosa vista, trocando en gozo las lágrimas, comenzó tácitamente á dar plácemes á la feliz doncella, á quien tanto favorecía la Reina del cielo. Feliz pronóstico y digno de observarse, por lo mismo que con este prodigio se daba á entender que daba su voto á la novicia la que tiene su trono sobre las estrellas; y que siendo feliz puerta del cielo, la daba entrada en la gloria, cuando la admitían al gremio de las Terceras en la Orden Dominicana.

Cuando se resolvía Rosa á pedir á Dios con instancia y alcanzar del cielo algún favor singular ó particular socorro, ya para sí, ya para bien de los prójimos, el medio que elegía era postrarse humilde delante del altar del Santísimo Rosario. Allí presentaba su petición, llena de seguridad y confianza. Hacíase ojos mirando, y atendiendo al semblante de la imagen; decíala mil ternuras, y pendiente de su rostro, como de oráculo, esperaba feliz despacho. Notó muchas veces D.^a María de Usateguí que cuando volvía la virgen á casa, habiendo estado en la capilla del Rosario, en el mismo modo de andar apresurado y alegre daba á conocer las mercedes que recibía; y parece que rebotaban por todos los sentidos el alborozo, el fervor y los consuelos que Dios la comunicaba. Eran los indicios tan manifiestos,

que no podían encubrirse ni engañar á la que piadosamente curiosa andaba siempre observando, notando, escudriñando y advirtiendo todas las acciones, movimientos y ademanes de la virgen. Y así á título de la estrecha amistad y familiaridad que tenía esta señora con nuestra virgen, por darla habitación en su casa, se atrevió en una ocasión, viendo su recato y encogimiento, á decirle: «Hoy Rosa bueno va, paréceme que ha llovido el cielo grandes favores.» Y respondió ella con modestia y apacible risa: «Aquella afabilísima Señora Reina del cielo no se cansa en cargar la mano, concediendo mercedes á esta miserable pecadora.» Acordándose asimismo Rosa que esta señora por haber asistido al examen de su conciencia y vida, de que antes se hizo mención, era sabedora de los secretos, tratos, hablas y visiones que tenía con esta imagen milagrosísima, sin recelo y sin empacho se declaraba con ella desde allí adelante, comunicándola los favores que había expuesto y declarado á los examinadores; aunque siempre lo hacía con toda la modestia posible, refiriéndolos con candidez sencilla.

Preguntada una vez de qué modo entendía y percibía lo que le hablaba la Madre de Dios en esta santa imagen, respondió con llaneza y sin artificio alguno: «Que no hablaba la imagen dando voces, ni usando de particular idioma, ni con movimiento de los labios; que este admirable modo de hablar se obraba por oculta simpatía y que daba á entender todo lo que quería decir solo con el modo con que despedía lucientes rayos de la frente apacible y serena; y que estas eran para su espíritu unas señas tan distintas, tan claras, tan diestramente formadas, que la significaban todo lo que esperaba entender con más certeza que pudiera el más retórico, más fecundo y elocuente, si al oído la respondiera á lo que ella preguntaba.» Decía también: «Que lo mismo hallaba en el rostro del Niño, que como en trono estaba en los brazos de María; que en ambas partes, como en animado libro, leía el despacho, las

respuestas de todo cuanto pedía, y mucho más claramente que si fuera deletreando en un libro donde lo mirara escrito con hermosos caracteres; y que por estos indicios de íntimos conceptos se excitaba en el alma la atención luminosa, para penetrar sin discurso, sin error y con limpia inteligencia cuanto se le proponía. Finalmente, que en la postura de los labios de Hijo y Madre, en los ojos y mejillas le parece que veía un reloj animado, de tal diversidad de señales para explicar sus secretos, que exceden toda locución humana y explican más á lo claro los conceptos que si la lengua formara palabras ordenadas y compuestas.» Era fama pública que Rosa alcanzaba cuanto pedía á la Reina de los cielos delante de aquella imagen. De aquí se seguía que si la rogaban que pidiese esto ó aquello á la Majestad suprema, fácilmente se encargaba de hacer la súplica, si le parecía que importaba para el bien público ó para la salud espiritual de los prójimos. Y así en haciendo oración á la imagen del Rosario, prometía con tanta seguridad los buenos sucesos, como si tuviese en su poder decreto con sello y firma, en que estuviese el despacho de la gracia que pedía.

Por justa permisión del cielo sucedió que Satanás, enemigo de los hombres y envidioso de su bien, sembró gran cizaña de discordias en una comunidad religiosa de la ciudad de Lima. Crecía por momentos la yerba maldita; y lo que al principio sólo había sido discordar en opiniones, con el empeño de la contradicción, degeneró poco á poco en declarada enemistad de voluntad, con rompimiento de la paz y ofensa grave de Dios, que solo habita en la concordia de afectos. Llegó á noticia del confesor de la virgen el daño que en los ánimos se iba introduciendo, mandóla que en la capilla del Santísimo Rosario y delante de la imagen encomendase á Dios y á la Virgen soberana la necesidad urgente de aquella congregación, que del todo se iba á piqué, y que no desistiese de la oración hasta conseguir de Dios el remedio. Pronta obedeció la virgen, por-

que era muy inclinada á ejercitarse en oficios de caridad con los prójimos. Mas después de haber gastado muchas súplicas y largo tiempo en pedir el sosiego y la quietud de aquella comunidad, se hubo de volver á casa, lastimado el corazón y llena de melancolía, fuera de lo acostumbrado. Repitió al día siguiente con más fervor la oración; gastó más tiempo en solicitar el remedio de Dios y llamar á las puertas de la misericordia divina. Postróse á los pies de la milagrosa imagen, vertió copiosos raudales de lágrimas y esperó el pretendido despacho. Después de tan larga detención tenía los ojos y la atención colgados de solo el rostro de la Santísima Virgen, resuelta á no levantarse hasta llegar á entender que eran bien oídas sus súplicas. Al fin, llenándose de nueva alegría que le sobrevino de repente, levantóse en pie, dióla devotamente las gracias y volvióse á toda prisa á su casa. La mujer del contador, aunque sin hablar palabra, había reparado en ambas ocasiones en la cara de la virgen cuando volvía de la iglesia, y admirando la diversidad del semblante, ayer triste y melancólico, hoy alegre y risueño, preguntó la novedad. A lo que respondió sucintamente la virgen solo aquello que podía conducir á la respuesta. Examinándola después su confesor más por menudo, no atreviéndose á callar nada de lo sucedido, refirió puntualmente y por su orden todo el caso. «Dijo que el primer día, importunando con ruegos á las dos Majestades de los cielos, Madre é Hijo, había visto sus divinos rostros, no sólo inexorables y ásperos y más [duros que el acero, sino severos también, austeros y encapotados, amenazando venganza, con manifiestas señales de indignación y de ira; que en vano había procurado serenar y aplacar al Hijo, poniendo á la Madre por medianera; que viéndose despedida se hubo de volver á casa con pesar y con tristeza, cosa que con tales circunstancias jamás le había sucedido. Además de esto refería cómo al día siguiente, volviendo á su petición, á costa de muchas lágrimas, había vencido á la Madre de piedad,